

Las luces apagadas y el leve pero monótono ruido de cadenas, la tenue iluminación del candil que lleva en su mano Joaquín Campos, aceitunero, guitarrista. Desde el primer momento el público, sobrecogido, empieza a sentir el «Quejío», con cierto escalofrío, hasta con desgarrar y un cierto horror de que aquello pueda responder a la verdad de un pueblo. Cante y baile y guitarra prosiguen ante la pasividad incensal de Angelines Jiménez, de negro-negro luto, doble y triple, luto de todo, muerta antes que viva, muerta para morir sus muertos. «Qué más da muerto que vivo, si te vienen a llorar/a la reja de una cárcel/o a la puerta de un penal. /Qué más da muerto que vivo/si te tienen que callar». El cante recuerda —¿por qué se habrá olvidado?— lo que quiere decir «hondo», protesta y rebeldía, instinto y denuncia, grito contra la odiosa explotación: «Esta es la verdad, /la que estoy pasando, /esta es la verdad, /caenitas que tienen mis manos, /caenas que quiero arrancar», y las manos y brazos de Juan Romero, «El Jueves», trazan el origen de todos los cánones, brazos arriba, puños en alto, brazos en cruz, brazos abatidos, palmas que solicitan unión, unión, unión, fuerza, y los pies patean, rompen el silencio con la protesta; el sudor es continuación del otro, del que brota al sol en la tierra de donde los han expulsado. «Me fui de mi tierra, /marché con dolor. /Si hay quien reparta justicia, /de mí se olvidó».

El público, este día y creo que bastantes días más, mayoritariamente joven, catalanes, tantos y tantos catalanes, analfabetos seguramente en materia de cante «hondo», grande o chico, va comprendiendo. Aparece la estafa. Todo el folklore-«show», toda la mercancía con que identificaban el cante y baile de Andalucía revela su trampa. En el origen, en su base, cantar y bailar «hondo» es y era eso: protesta, rebeldía, negación a toda desigualdad —que yo quiero andar descalzo, /que yo quiero ser igual /que tú, que llevas zapatos /y no me quieres mirar—. ¿Cómo se ha podido llegar a la aberración de convertir la tragedia de un pueblo en la chirigota a medio precio para consumo de turistas y de imbéciles? ¿Cómo se ha pasado de esta verdad a la falsa mercancía de consumo?

El tránsito ha tenido su apelación correcta. Porque además del folklore de basura existe otro cante y baile serio, riguroso, espectáculo dignísimo, estéticamente dignísimo, bello, capaz de ponerse a los niveles del arte, ante el que sabios y cultos degustadores se sacan el sombrero: el buen cante y baile que según los cánones rigurosos y sin concesiones han trans-



## LA SOCIOLOGIA COMO IDEOLOGIA

# LA QUIEBRA DEL ACADEMICISMO

ALFONSO G. COMIN

mitido los que no han caído en la fácil concesión del folklore-mercancía. Y, sin embargo, este cante y baile según los cánones también oculta la verdad que «Quejío» pone al descubierto. O aún más: la oculta con mayor ofuscación que el folklore-mercancía. Con mayor sutileza. Con la sutileza de lo bello, de lo inteligente, de lo académico. El folklore-mercancía va a la basura. El cante y baile canónico pone patas arriba la realidad en la que nació el «Quejío», sublima en tal grado la «belleza del horror» y reglamenta cada una de sus posibles expresiones para vaciarlas de su contenido: patear será zapatear, ¡correctamente, con ritmo viril o no, transformando la protesta en rima; los brazos en alto serán la sombra que huye, el puño que se abre, dedos que vuelan antes que revelar su condición de mano callosa, mano de arado y de hoz. La mujer protagonista de la alegría zalamera bailará su sin sentido, cuando en el origen estaba pasiva; el negro de su vestido no será luto, sino tonalidad plástica. Los cánones, la academia, habían logrado ocultar la verdad que «Quejío» pone violentamente al descubierto. Hay cante y baile, pero para recordar que una cuerda es una cuerda que ata a la incultura a la tierra; hay sudor, pero de verdad, no de entrenamiento. «Quejío» hace estallar la falsedad del academicismo que había envuelto los orígenes de la rabia y de la protesta de un pueblo oprimido, despojado, expulsado. Porque «Quejío»

no pretende ser cante y baile, sino expresión real de un pueblo mediante el cante y el baile «hondo».

### Un nuevo siglo de las luces

Como otros tantos campos de la actividad cultural y artística, la Sociología tiene también su academia, sus cánones. En Sociología la academia es el «establishment», los cánones, el método. Ella misma es institución y método, por objetivo y definición. Y también la Sociología, como tantas disciplinas, está sufriendo la quiebra del academicismo, es decir, la quiebra y muerte de sí misma.

La Sociología, hay que escribirla con mayúscula, ha venido a convertirse en la gran «ciencia» de un nuevo siglo de las luces que huye de ciertas tinieblas: dos guerras mundiales, crisis económicas cíclicas, 1929, Imperialismo y guerras localizadas... Ella misma representa, mejor que ninguna otra disciplina, la voluntad de iluminar el nuevo positivismo imperialista, la nueva confianza astronómica (¿y astrológica?) del hombre en su voluntad de alcanzar una nueva meta en el nuevo siglo de las luces, la meta de la revolución científico-técnica. La famosa RCT.

Ese logro lo ha logrado la Sociología gracias al impulso del país al que correspondía hacerlo, ya no Francia, sino USA. Con la economía política en quiebra —vaya «Quejío» el de Marx— y con gra-

ves convulsiones sociales en marcha, se desarrollaba entre las masas un peligroso proceso de comprensión extensiva y contagiosa de la realidad, de lo que estaba sucediendo. Más aún, se iniciaba un grave proceso de transformación del universo. No ya contemplarlo, sino transformarlo, empezaba a repetir el eco.

La Sociología entra en liza. Cojamos el análisis de clase y reduzcámoslo a los cánones. Ya tenemos el método. ¡Oh!, el método, las correlaciones, las variables, las computadoras, la fragilidad de las conclusiones, más frágiles cuanto más se analizan hasta convertirse en nuevas hipótesis para nuevas conclusiones que a su vez permitan desarrollar nuevas hipótesis que... Fragilidad del cerebro humano para comprender los fenómenos sociales. Humildad para reconocerlo. El método abriendo las puertas de la academia, sentando las bases de la institución. El inquieto rebelde que trata de «conocer» la realidad para transformarla se siente pequeño, muy pequeño de nuevo ante el programa de la computadora. Ya ha vuelto el hombre a la contemplación. Ya vuelven las aguas a su cauce. Método e institución hicieron el milagro.

Empieza la riada inacabable de análisis metodológicos y de académicos rigurosos, sin imaginación (la imaginación podría alcanzar el poder): Parsons y su «sistema social»; Mayo, relaciones humanas para la producción; Dahrendorf, hábil superación de Marx periclitado; Hosselitz, teoría para el desarrollo del subdesarrollo, siempre al servicio de la metrópoli. Serios y rigurosos cantan y bailan según los cánones, como manda el método, seguros de sí mismos, sometidos a la institución y al fiel servicio de tan sólo ella, ya que lo esencial es la ciencia, motor de la Historia, convencidos de estar sentando las bases del futuro. Consideren que la lucha es para otros, la práctica social es cometido de los menos agraciados, están convencidos de que la realidad se penetra desde la mera subversión sociológica de un despacho. La Sociología sin política es la buena Sociología política, o, si se quiere, la buena política de la Sociología. Se trata de diagnosticar la enfermedad; jamás de operarla. No, mucho más, digamos la verdad. Se trata de impedir que se pueda diagnosticar la enfermedad de manera que alguien, las masas, pudiera operarla. Se trata de decir que la enfermedad ya no existe, que la transfusión de sangre —sangre igual para todos, ¡bendita democracia!— realizó ya el milagro. El bisturí, cualquier arma de la revolución debe ser eliminada de la relación de datos y conocimientos que puedan facilitar el método y por ahí la institución.

## La Sociología ha venido a convertirse en la gran «ciencia» de un nuevo siglo de las luces que huye de ciertas tinieblas...

### Hagámoslo institución

La institución produce sociólogos, canonistas seguros del alcance limitado pero certero del método. La Institución señala el marco de lo posible, de lo conveniente, de lo acertado. Dirige sus pantallas y sus radiografías a los acontecimientos centrales de la protesta, del pataleo y del grito: la lucha de clases, la existencia de las mismas clases, los pueblos coloniales, los pueblos neocolonizados. Conviene hacer razonable lo irrazonable. Racionalizar lo irrazonable. Las masas gritan, patean contra la opresión, contra la incultura y la dependencia, por el desarrollo del subdesarrollo y el desarrollo del desarrollo logrado sólo gracias al desarrollo del subdesarrollo. No reprimir simplemente. Ya no bastan las ametralladoras ni los «rangers». Cojamos el grito y el pataleo, integrémoslo y así lo corromperemos. Convirtamos el grito y el pataleo, la rabia y la protesta, el origen de ellas mismas, el método. Hagámoslo institución.

Ya tenemos el camino. La lucha de clases no existe como tal; se trata de conflicto de intereses. Veamos. Institucionalicemos el conflicto. Teóricos a la teoría. Metodólogos al método. A producir unos y otros. Racionalistas a racionalizar lo irrazonable. La Universidad y la empresa —racionalismo consagrado— como marco intocable de la institución. El subdesarrollo como consecuencia del desarrollo, presentado al alcance de cualquier subdesarrollado que desee preparar. Teóricos a la teoría. El desarrollo al alcance de todos. Despegue y ascenso. Colin Clark y Rostow. Funcionalismo, desarrollismo. La cirugía que podría transformar al enfermo, caso de haber emprendido la operación, sustituida por cirugía plástica. Ved, ya no tiene el rostro con arrugas, ya no tiene las huellas del hambre, ni está muerto aunque no viva. Ved cómo estático sonríe, cómo parece agraciado, casi, casi, igual que cualquier otro que no sea él ni de los suyos. ¿Para qué hacer operaciones arriesgadas? De uno en uno les cambiaremos esas horribles caras sufridas en pudibundos mofletes de felicidad cargada de aspiraciones e ilusiones.

### Los nuevos misioneros

La institución dirige bien sus dardos. Hacia los posibles aliados de aquellas masas inquietas que tratan no de contemplar el mundo, sino de transformarlo. Conquistemos a los inquietos intelectuales de hoy, susceptibles de ser movilizados por ellas. Produzcamos



«Quejío» pone al descubierto violentamente la verdad que la academia, los cánones habían ocultado.

inquietos sociólogos inconformistas que secunden nuestros objetivos a través del método. No ya intelectuales conservadores, borricos productores de folklore-mercancía, sino sutiles académicos capaces de levantar la capa oscura, el tupido velo de lo irreconocible y de lo insustituible. Cantores de la meritocracia y la computadora, incapaces de afirmar otra verdad ni relación que no esté corroborada por el índice  $X^2$  («ji square»). Coloquémoslos justamente en países cuyo atraso cultural les permitirá un mejor control de las luces de este siglo. Militaricemos sutilmente la cultura. Así, en América Latina, donde los nuevos misioneros, los enviados-sociólogos del imperialismo han cumplido buenos papeles al fiel servicio de la institución.

Y todo llega. También entre nosotros crece el método y se afianza la institución. Lentamente, arduamente. Superando la oposición de los partidarios de los borricos productores del folklore-mercancía. Por ello la operación es aún más atractiva para los honestos e inquietos admiradores de la academia y del Canon. Pero ahí la tene-

mos. Con sus contradicciones peculiares por cuanto aquí se teme que el siglo de las luces pueda disipar la niebla; se teme incluso al canon-método y a la academia-institución. Se confía todavía —¡oh!, bendita confianza en la puntilla, más taurina que el bisturí, y por ello más eficaz y acorde con los valores de la raza, y así, pues, ¿quién suplirá al puntillero?— en la eficacia de métodos menos persuasivos que directos, cualquier veleidad en torno a la cirugía estética huele a operaciones podridas de quienes pretenden viciar los rasgos propios e invaden la pura rudeza del solar patrio. Por ello nuestros sociólogos creen aún más confiadamente en su papel subversivo, aun cuando sean meros contemplativos, amantes de la pasividad. Y se ofenden si alguien se lo recuerda. Pero contemplar no es transformar. Contemplando no se diagnostica correctamente. El enfermo tiene algo que decir más allá de las respuestas a las académicas preguntas del cuestionario organizadas por el método. ¡Alejados del enfermo—las masas enfermas, explotadas, luchadoras—, sin escucharlas, ni entenderlas, ni valorar-

las, dictan y analizan correlaciones, cuadros de doble entrada, hablan su lenguaje esotérico y aislado, cargan su esperanza en el haber de la computadora y de la «teoría-sociológica». Vacían las palabras de sentido, palabras sin palabras, sentido del sin sentido, sin sentido del sentido. Logran, iban logrando parecía, ofrecer un posible nuevo rostro con menos arrugas; ved, también aquí parecía posible la cirugía estética, pese a todo, pese a los ultramontanos. Ya no es necesario fusilarlo por feo y rebelde que aparezca. La cirugía estética lo vendará suavemente, le ofrecerá un espejo en que mirarse, imaginario pero verdadero, donde se verá guapo y rico y con aspiraciones y con expectativas. Logremos el quirófano de la institución, el instrumental del método. No será necesario ni diagnosticar el mal real, ni transformarlo. Para ello importemos los equipos convenientes made in USA.

Nuevos héroes de la larga batalla de la *intelligentsia* a través de los tiempos nos dan la nueva luz de los nuevos tiempos. La paz con los sociólogos, en la morada del método, en el paraíso de la institución.

### Las que hacen la Historia

Pero he aquí que el enfermo, ¡qué pesado!, ¡pesadas masas insaciables!, lanzan su «Quejío». Por todas partes. Norte y Sur, Este y Oeste. Del Mediterráneo al Atlántico. Del metal hasta la minería. En la construcción y en el textil. Denuncian la trampa. Donde se dijo consumo, sociedad industrial, humanismo, nueva clase obrera, dicen explotación, sociedad de clase, lucha de clases, proletariado. Levantan los brazos, siguen su marcha e insisten en el antagonismo. No aceptan el diagnóstico sin ellas; no aceptan contemplar sin transformar. Siguen afirmando que son las masas las que hacen la Historia, masas analfabetas, obstinadas, las que hacen la Historia. Ante este asalto y cuando iba a consolidarse, la Sociología nota que sus cimientos tiemblan. Sí, también la Sociología —y aquí cuando apenas está llegando a su proceso de suprema institucionalización en situación extraña— vive la quiebra del academicismo, la quiebra de su propia muerte. Su vacío. Pobre, casi recién nacida. El imperialismo se está quitando la careta. El respeto mitológico por la mitología del método se ha deteriorado gracias a la denuncia de las masas. En los pueblos coloniales la manobra ha entrado en crisis. Aquí llega con las raíces quebradas. Queda el retorno a las masas. Entre nosotros, ¿cuántos sociólogos descubrirán el «Quejío»? ■